



EL PLÁTANO

El picudo de la platanera: Estrategia de supervivencia. ¿Es posible su control?



El picudo de la platanera es la plaga más dañina que tiene este cultivo, por varias razones, entre ellas cabe destacar que es específica del mismo; que los estadios más sensibles, como son huevo, larva y pupa se desarrollan en el interior del rizoma (cabeza) de la platanera, por lo que se asegura que no se puede hacer nada en ella hasta que no se ha cortado la fruta; las exigencias de humedad y temperatura son las mismas que las del cultivo, alta humedad sin llegar a encharcamiento y temperaturas entre 14 y 30 °C, estableciéndose estos valores como límites para su actividad.

Por otro lado, cabe destacar que la localización subtropical de Canarias supone unas condiciones limitantes para la platanera, por lo que la presencia del picudo causa unas pérdidas superiores con menor densidad de población respecto a los trópicos que es la zona óptima de desarrollo de esta planta.

Su color negro, la actividad nocturna de los adultos, la localización de las larvas y pupas les permite pasar desapercibidos durante un tiempo hasta que se observan síntomas como: escaso desarrollo de la planta, abrochamiento, retraso en la hierria, hojas con ligero amarilleo y lento llenado de la fruta. Estos indicios, además, se pueden confundir con otros problemas fitosanitarios y climatológicos. Para su pronta detección bastaría con tener en cuenta la rápida desaparición de las abuelas, los comentarios de los deshidradores y la colocación de trampas para monitoreo.

El daño en el cultivo es causado exclusivamente por las larvas, introduciéndose en el interior de las cabezas interfiriendo en el desarrollo de nuevas raíces, destruyendo las existentes y, por tanto, limitando la absorción de agua y nutrientes, lo que reduce el vigor de la planta, demora la floración y aumenta la susceptibilidad del cultivo a otras plagas y enfermedades. La consecuencia final de la presencia del picudo es la merma del rendimiento de la finca que viene dado por la disminución del número de plantas así como por la pérdida de peso de las piñas.

Se da, además, la circunstancia de que el picudo es un insecto con una extraordinaria capacidad de supervivencia. No es la humedad el factor limitante para su desarrollo: los huevos, larvas o pupas no se ven afectados por este parámetro ya que la planta tiene un alto porcentaje de agua y los adultos se mueven y refugian en torno a la humedad del suelo, pudiendo sobrevivir largos periodos de tiempo sin alimentarse, llegando a ser considerados por algunos autores como una "forma de resistencia".

Cabe destacar, para entender la dinámica de población que sigue la plaga, que la temperatura es el parámetro más influyente sobre la duración de su ciclo biológico. Diferentes trabajos de investigación realizados en Canarias tanto en laboratorio (ICIA) como en campo (fincas colaboradoras) han permitido comprobar que se pueden observar una media de tres ciclos/año. Excepcionalmente, años como 2015 y 2016 hasta la fecha, con otoño e invierno más cálidos de lo habitual, han favorecido un aumento de la cantidad de ciclos, prueba de ello es el repunte que se ha podido observar en diferentes fincas/zonas en los primeros meses de este año.

La duración de un ciclo biológico, a temperatura constante de 25 °C, es de aproximadamente 60 días. Aunque en campo no se dan estas circunstancias, sí que en los meses de agosto y septiembre se pueden encontrar valores que fluctúan a lo largo del día entre 20-28 °C, permitiendo comprobar que en el terreno es posible observar en el mismo periodo, 60 días, un ciclo biológico.

A lo largo del año, con frecuencia se registran 3 o 4 meses con temperaturas medias mínimas en torno a los 14 °C, condiciones que ralentizan la duración del ciclo. Es por ello que **de enero a marzo**, además, la actividad de los adultos disminuye, tanto en la puesta de huevos como en sus movimientos en el terreno. Por eso se produce una disminución de las capturas en las trampas respecto a los meses antes citados. Este dato suele llevar a error en la interpretación de las capturas, ya que se podría pensar que al reducirse, la plaga está bajo control gracias al uso de trampas. No es cierto, simplemente está inactivo y refugiado.

Dentro de la dinámica del insecto, hay que resaltar que su objetivo no es acabar con el cultivo, sino vivir a costa de él, siempre y cuando los niveles de población no sean excesivamente elevados. En principio el adulto pone los huevos en el rizoma de la planta adulta, sobretodo, en el momento de la parición, que coincide con la liberación de sustancias volátiles por parte esta, que resultan muy atractivas para el picudo. Teniendo en cuenta que los nacimientos de la fruta se inician, podríamos considerar que a partir de mayo, es cuando observamos que las capturas en las trampas empiezan a descender hasta agosto - septiembre, en parte se debe a que no les gusta el calor y por otro lado porque las hembras se entierran alrededor de la cabeza para realizar las puestas. Desde agosto (en el sur) y septiembre (en el norte), se comienzan a incrementar las capturas debido a que las primeras puestas han completado su ciclo y emergen los adultos, que es cuando salen al entorno de la planta. Lo que demuestra que en determinados momentos del cultivo ejerce una mayor atracción que la trampa. Algunos autores han destacado que esta no se debe colocar muy próxima a la planta, ya que en distancias cortas el picudo siempre elegirá la segunda antes que la primera.



Sería conveniente, realizar en ese momento el cambio de feromonas, ya que las hembras necesitan 42 días para poder ser fecundadas, mientras que los machos requieren de 55 días para alcanzar la madurez sexual. Por lo tanto, se dispone de ese tiempo para retirarlas del campo, sin que hayan podido incrementar la población real con nuevas puestas.

La combinación de trampas y pinchazo con clorpirifos, es una alternativa para el control de la plaga, lo que se ha podido comprobar en el seguimiento realizado en diferentes fincas en Tenerife (Adeje, Icod, Garachico, Los Silos y Buenavista) durante los últimos cinco años. Prueba de ello es la disminución de la pérdida de plantas, del número de capados así como del aumento del peso promedio de las piñas.

Su control conlleva un coste económico importante inicialmente, hasta conseguir mantener la plaga en umbrales inferiores a daños económicos en el cultivo insostenibles para el agricultor. Controlar la plaga permite al cosechero convivir con ella sin que suponga una pérdida de sus rendimientos, y obteniendo además un incremento de sus beneficios por el aumento del número de piñas y kilos por superficie.

Es conveniente realizar un adecuado mantenimiento de las trampas (cambio de feromonas cuando corresponde y colocación correcta a ras de suelo) así como una interpretación de las capturas en las diferentes épocas del año; al mismo tiempo que se realizan dos pinchazos anuales: uno a la salida del otoño y otro al inicio del verano. Su eficacia depende de una correcta administración, lo más próximo a la cabeza y realizando dos aplicaciones en lados opuestos.

Se hace necesaria la disponibilidad de diferentes herramientas para el control del picudo, siempre autorizadas y lo más respetuosas (para el operario y el medio ambiente) que le permita al agricultor aplicar las que mejor se adapten a sus circunstancias, sin tener que recurrir a alternativas que incurran en un riesgo para el sector.

Ángeles Padilla Cubas
Doctora en Biología